

RECENSIONES

BARGHOORN, FREDERICK C.: *Soviet Russian Nationalism*. New York, Oxford University Press, 1956; 330 págs.

Las experiencias personales de cuatro años de estancia en la U. R. S. S. como agregado de Prensa de la Embajada estadounidense en Moscú, una investigación realizada en Alemania entre los refugiados procedentes de la Unión y un rico material bibliográfico, facilitaron los elementos de este libro, probablemente el trabajo más notable y mejor documentado hasta ahora sobre el tema enunciado, tan importante para la comprensión de la política bolchevique en el propio país y en relación con el extranjero. "El sistema soviético de control político se caracteriza por una gran flexibilidad. Con el cambio de la situación interna y externa, el Kremlin modifica sus patrones de consignas y símbolos. Sin embargo, el objetivo final sigue siendo, mientras que no cambie sustancialmente la estructura interna del poder soviético, un máximo de integración en el propio país y un máximo de desintegración en el mundo soviético" (págs. 6-7). Es verdad que no faltan fenómenos similares en otras grandes naciones; sin embargo, el nacionalismo ruso soviético, "uno de los hechos básicos de la doctrina leninista-stalinista", representa un fenómeno "más intenso y más perturbador" por ser explotado por un Estado totalitario con una especie de "división de trabajo ideológica" entre elementos heterogéneos como el etnocentrismo de un gran pueblo y el internacionalismo de una ideología y de su clase portadora. El patriotismo soviético combina—en un conjunto de "equilibrio inestable" (Barghorn)—"los genuinos intereses nacionales del Estado socialista con los intereses del

pueblo trabajador del mundo entero" (Konstantinov).

El autor trata en nueve extensos capítulos de los diversos aspectos del problema—El patriotismo soviético; La doctrina del caudillaje ruso; Los factores de la rusificación soviética; La dinámica de la rusificación; Los factores tradicionales y revolucionarios en el nacionalismo soviético ruso; La rivalidad de dos culturas; Chauvinismo y mesianismo soviéticos (Resumen y perspectivas)—, o sea, de sus conceptos básicos, factores, métodos y etapas.

* * *

Las ideas soviéticas respecto a este complejo de problemas se condensan en dos parejas de conceptos antagónicos: *patriotismo soviético e internacionalismo proletario*; *nacionalismo burgués y cosmopolitismo*. Los dos primeros se caracterizan como "progresistas, revolucionarios y universales"; los dos últimos, como "retrogrados, reaccionarios y estrechamente limitados". Mediante la atribución de unos contenidos especiales ("internacionalismo" y "nacionalismo" se emplean siempre acompañados por sus respectivos adjetivos, "proletario" y "burgués"), el régimen se asegura la posibilidad de juzgar cada fenómeno conforme a las exigencias del momento. Aunque no se deja de insistir en "los intereses del pueblo trabajador del mundo entero" y en "la solidaridad internacional de los países socialistas", el acento se carga en el *nacionalismo ruso soviético*, o, según la terminología oficial, en el "patriotismo soviético",

"diferente de toda otra clase de patriotismo" (Fadeiev). La Unión Soviética es efectivamente "el Estado nacional más integrado y centralizado que existió jamás en el mundo" (pág. 4), "un Estado mucho más nacionalista, con actitudes etnocéntricas mucho más acusadas, de lo que fué la Rusia imperial" (177). Las doctrinas soviéticas sobre partido, clase, estado y nación, impulsan a los dirigentes a perseguir enérgicamente los fines del centralismo, del monolitismo y de la asimilación a expensas de otros valores (83).

El proceso continuo de rusificación, con la doctrina del caudillaje ruso, latente en la obra de Lenin y fundamental en el pensamiento staliniano, representa el factor principal en la realización de esta "unidad monolítica". Los "pueblos de la U. R. S. S.", el "pueblo soviético", se asimilan cada vez más al pueblo ruso, reconocido como "hermano mayor", *primus inter pares* en la "familia de los pueblos soviéticos". Estas ideas, con toda su confusión terminológica, implican dos afirmaciones:

1) La U. R. S. S. ha de ser considerada como una "supernación";

2) El pueblo ruso, sus tradiciones y su idioma ejercen una influencia predominante y cada vez mayor en la "nación soviética".

En cuanto a la asimilación, Barghoorn distingue entre *rusificación objetiva* y *subjetiva*. Radica la primera en la adquisición de elementos culturales, que llega hasta sustituir la figura "feudal, pan-mongólica y cargada de prejuicios religiosos", de Gengiskán, por la de Pedro el Grande, en el folklore mongol; mientras que la segunda, la *subjetiva* consiste en la identificación sentimental de los no rusos. El peso propio de la importancia demográfica de los elementos ruso y eslavo-oriental (el 58,4 y el 78 por 100, respectivamente de la población soviética total en 1939), la situación geográfica aventajada de los rusos en el "heartland" de su imperio, finalmente la colonización rusa de Asia han creado las condiciones previas de la acción.

De índice objetivo de la asimilación puede servir la rusificación lingüística en sus dos aspectos principales:

a) El acontecimiento de la lengua rusa por los demás pueblos y grupos étnicos de la U. R. S. S.

b) El uso del alfabeto cirílico, las influencias ortográficas y las prestaciones léxicas en las lenguas no rusas y no eslavas. "Es esencial"—dice el manual oficial de

las escuelas normales soviéticas—"que los niños de las nacionalidades no rusas dominen lo antes posible el idioma ruso para tener acceso a los ricos valores de la literatura científica y artística rusa". Stalin subrayó en 1950 que los imperios de Ciro, Alejandro, César y Carlomagno representaban unos "conglomerados de tribus y pueblos", pero tenían una unidad económica y "un idioma común a todos los miembros del imperio".

Los medios empleados por el Kremlin para forjar la deseada unidad nacional, los clasifica el autor en *métodos sintéticos* y *métodos analíticos*. La rusificación lingüística pertenece con las demás medidas educativas y organizadoras a los primeros, los procedimientos de desintegración constituyen los últimos.

El proceso desintegrador se realiza en varias etapas. En la primera se adoptan las formas culturales particulares como una concesión más o menos temporal en interés del control político. Por medio de *autonomías culturales* y alegando la *autodeterminación* se dividen, p. ej., los pueblos turcos de Asia Central, en los segmentos más pequeños posibles, destruyendo así la tradicional unidad cultural, idiomática y social. Las capitales de las nuevas unidades administrativas y políticas se establecen preferentemente en ciudades con una mayoría de colonos rusos. Se adoptan, pues, simultáneamente posturas contradictorias tanto en lo político (centralismo moscovita, nacionalismo local), como en lo cultural (cultivo de valores populares tradicionales, nuevas formas "socialistas" presentadas como fenómenos del progreso).

La segunda etapa consiste en *desnacionalizar la administración*. En 1954, de los veintiséis ministros de la U. R. S. S. de B. elorrusia, sólo seis eran bielorrusos, y entre los funcionarios del Partido, regionales y locales, el elemento gran ruso alcanzó el 80 por 100.

En la tercera fase se recurre a medidas desintegradoras combinadas, incluyendo la *discriminación racial* (v. el antisemitismo soviético) y las *deportaciones en masa*, que pueden afectar la totalidad o la mayoría de un grupo étnico (alemanes del Volga, tártaros de Crimea, etc.).

* * *

En el empleo de estos métodos de asimilación forzosa, así como también en la proyección exterior del nacionalismo ruso soviético en la rivalidad entre dos mundos,

se aprecian oscilaciones conforme a las necesidades en un determinado momento político y a la constelación de las fuerzas en juego. En los años de la "gran guerra patriótica" el sentimiento nacional se manifestó espontáneamente en amplios círculos de la población sin seguir derroteros demasiado chauvinistas y sin adoptar una actitud xenofoba frente al Occidente (1). Al mismo tiempo el régimen hizo unas concesiones en el terreno ideológico. Después de la victoria se volvió a la "normalidad" de la preguerra y se reemprendió la lucha implacable contra el "nacionalismo burgués" que levantaba la cabeza, pero siempre sólo entre los no rusos, y contra el imperialismo capitalista que ponía en peligro la paz mundial. Después del toque de arma dado por Stalin en la recepción celebrada en honor de los jefes del Ejército Rojo el 9 de febrero de 1946, la *campaña del zhdanovismo* caracterizó el nuevo período del nacionalismo soviético. La ofensiva de Zhdanov afectó a escritores (Zoshchenko, Akhmatova, en 1946), compositores (Shostakovich, Prokofief, Khachaturian, Shebalin, en 1948), críticos de teatro (grupo "antipatriótico" expulsado del Partido en 1949), filósofos (los marxistas que "querían destruir la Cultura soviética"), etc. El arte soviético fué elogiado como el "más avanzado del mundo"; Rusia, presentada como "la tierra natal de la aviación"; el ruso, como lengua superior al griego, al latín, al alemán, a todos los idiomas europeos, como el idioma del futuro socialista. Se impugnó la idea "divulgada por los cosmopolitas apátridas" de la Rusia retrógrada—"Rusia jamás ha sido un país técnicamente atrasado". La Historia de la humanidad se dividió en dos grandes períodos: antes y después de la constitución staliniana (Makarenko), así como la Fisiología en las dos etapas, anterior y posterior a Pavlov.

En la *fórmula poststaliniana* la concepción del caudillaje ruso, inmodificada en lo esencial, se expresa de una manera menos irritante y, al mismo tiempo, la doctrina de la supremacía rusa se subordina con tino al concepto leniniano del internacionalismo proletario.

El chauvinismo de la postguerra manifestó cierta semejanza con actitudes prerrevolucionarias, como las ideas expuestas por Danilevski en "Rusia y Europa". Además de la *herencia prerrevolucionaria*, pero no tradicional, de la "intelligentsia" radical rusa, encontró cierta continuidad en la ideología bolchevique la herencia absolutista bizantino-rusa, el "cesaropapismo" de los zares, así como también la postura defensiva y hostil frente a lo extranjero en la conducta práctica. Como una aportación tradicionalista puede considerarse, también, la revalorización del período moscovita de la Historia rusa (Iván el Terrible).

A pesar de estos parecidos y elementos comunes, la rusificación y el nacionalismo de los tiempos zaristas difieren notablemente del "patriotismo soviético": la ideología rusa soviética atiende a horizontes más amplios y su objetivo final sigue siendo la revolución mundial; la ideología oficial de la Rusia vieja, en cambio, "a pesar de los rasgos accidentales de doctrina mesiánica", no dejó de ser limitado, particular, "parroquial". Por otra parte, la fórmula soviética se distingue por ser bilingüe y "co-cultural", con desarrollo (en un determinado sentido) y no supresión de los idiomas y culturas.

A nuestro parecer, Barghoorn, aunque cita la opinión de Masaryk respecto a la "propensión del pueblo ruso al pensar mítico", no realza debidamente los constantes mesiánicos del nacionalismo ruso, imperial y soviético, ni las profundas raíces del chovinismo actual, tarea que fué realizada por Emanuel Sarkisyanz en su magistral libro (2). El mesianismo ruso soviético, expresado por Zhdanov, reclama "el derecho de enseñar a todos los pueblos una nueva moral universal" en virtud de "un orden superior a todo sistema democrático burgués" y "una cultura más avanzada que la burguesa". Aunque se alegan notoriamente la nueva moral y la nueva cultura socialistas, se puede hablar de un *mesianismo retroactivo* consistente en glorificar los servicios prestados en el pasado por Rusia a Europa, por ejemplo, al enfrentarse con los

Grenzen der Sowjetmacht, Holzner Verlag, Würzburg, 1955.)

(2) *Russland und der Messianismus des Orients*. Sendungsbewusstsein und politischer Chiliasmus des Ostens. J. C. B. (Paul Siebeck), Tübingen, 1955.

(1) Wilhelm Starlinger afirma que el hombre ruso se lanzará siempre a la defensa de Moscú y del Kremlin frente a una invasión extranjera, independientemente del régimen que tenga allí su sede. (V. *Die*

RECENSIONES

invasores mongoles y con los ejércitos de Napoleón (Dmitri Donskoi, Suvorov, Kutuzov, etc.).

La conclusión más interesante—y desde luego más discutible— del autor es la afirmación, según la cual, sin querer exagerar la contradicción entre los elementos de la ideología soviética, se puede ver en la revivificación del nacionalismo gran ruso en la U. R. S. S. una evolución antitotalitaria. Las concesiones hechas por el Kremlin a favor del nacionalismo ruso pueden haber introducido en la ideología unas modificaciones que quizás prometan una me-

joría en las relaciones soviético-occidentales. Aunque a la vista de la manifiesta flexibilidad y capacidad de adaptación del régimen nada puede ser negado en términos categóricos, ni se puede excluir la posibilidad de que unos cambios tácticos suficientemente duraderos repercuten en la doctrina (pág. 230), la citada opinión de Barghoorn parece haber nacido, más que de las premisas lógicas, del deseo de “no cerrar con una nota de pesimismo” su valioso y documentado trabajo.

ZOLTÁN A. RONAI.

YU TANG SON: *Historia de las relaciones entre China y Rusia Soviética*. Madrid, Editora Nacional, 1957, 378 págs.

La obra del señor Yu Tang Son, como reza su título, se propone estudiar las relaciones entre China y la Rusia soviética. Está dividida en siete capítulos, de los que el último es un resumen o conclusión del estudio realizado. Sin embargo, nos parece que la obra, aunque el autor no hace ninguna indicación, puede ser dividida en tres partes, puesto que cada una de ellas tiene clara delimitación. La primera, comprendería el primer capítulo, la segunda los capítulos II al IV y la tercera del capítulo V al final.

El capítulo I considera la historia de la Rusia Imperial que agredió a China. Se trata, por tanto, de analizar las relaciones entre China y la Rusia histórica. Estimamos que ha sido un buen acuerdo del autor dedicar un primer capítulo a estas relaciones entre su país y la Rusia soviética. Se narran allí, brevemente, los hechos históricos que desde el siglo XVI, con la subida al trono de Ivan IV, y hasta la revolución bolchevique, marcan la marcha rusa hacia el Este con propósitos de expansión imperial, y que tiene todo el carácter de una constante de la política moscovita a lo largo de la Edad Moderna. De este modo, el lector es informado de las distintas etapas por las que pasó a lo largo de cuatro siglos la perseverante política de Rusia en su propósito de anexionarse extensiones considerables del territorio chino, preparando, mediante un constante avance de fronteras, el sometimiento a su dominio de aquél vasto país.

La que nosotros consideramos segunda

parte (capítulos II, III y IV) estudia las relaciones entre China y la Rusia soviética hasta la I Guerra Mundial. El valor de estos Capítulos es igualmente de antecedente histórico, que ha de permitir una más clara inteligencia de las orientaciones políticas que han determinado la situación contemporánea. Los capítulos II y III describen las primeras manifestaciones de la política agresora soviética hacia China, y el forcejeo político, diplomático y militar en torno al ferrocarril de Chung-Tung. El capítulo IV se circunscribe a las relaciones entre estos países desde la iniciación de la guerra chino-japonesa, en julio de 1937. Período muy importante porque fué en él cuando estalló la sublevación comunista china, dirigida por Moscú utilizando al cabecilla Mao-Tse-Tung y aprovechando la coyuntura ofrecida por el conflicto chino-japonés. Es allí donde hay que buscar el comienzo de la rápida evolución que debía configurar la actual situación de China y su total incorporación al mundo comunista.

A partir del capítulo V estamos ya en lo que puede ser, a nuestro juicio, considerado como la parte tercera del libro y, también a nuestro parecer, la más importante. Ocupa más de la mitad de la obra. El estudio realizado en los capítulos anteriores tiene importancia en la medida en que sirve de introducción a las actuales relaciones entre China y la Rusia soviética.

El autor ha seguido minuciosamente las manifestaciones de la política rusa a través de cada uno de los hechos históricos que

RECENSIONES

jalonan esta difícil época y en la que los nefastos acuerdos de Yalta operan con el carácter de un supuesto insoslayable. Allí, como consecuencia del juego de fuerzas soviético-norteamericano, quedó cristalizado lo que había de determinar el futuro inmediato del Continente chino. De allí, en fin, hay que partir para explicar no sólo la hábil política soviética en Asia, sino también las dubitaciones e inseguridades de la política norteamericana en el mismo sector. Estimamos que, especialmente a lo largo del Capítulo V, no se estudia con la necesaria profundidad el despliegue de la gran revolución comunista en China, que queda un poco oculta entre el cúmulo de datos que proporciona acerca de lo que son estrictamente relaciones chino-soviéticas. De este modo, queda en el aire lo que es materia propia del capítulo VI, es decir, el trinomio Rusia, China y Formosa. Es cierto que el éxito de la China comunista "se debe única y exclusivamente a Rusia". También es cierto "que el gobierno nacional no reconoce ningún acuerdo entre ese régimen y Rusia". Pero esto es decir poco y, en todo caso, escamotea lo que debe de ser un estudio profundo sobre las relaciones entre la actual Rusia y China, considerada ésta en su doble aspecto de la China *de facto*, y la China, exiliada o no continental, de Formosa.

Es necesario advertir que este libro, en el que se aborda uno de los temas más importantes de la actual política internacional y también uno de los temas más difíciles para el mundo occidental, es un primer trabajo, fruto de los estudios realizados en España por el autor, especialmente en la Escuela Diplomática. El mismo, en sus palabras finales, nos dice que no es un trabajo definitivo y promete ampliar más adelante lo que aquí se expone. Quisiéramos, por esto mismo, hacer algunas consideraciones que sirvan al autor en su propósito.

Todo el mundo asiático y las relaciones entre Rusia, especialmente la soviética, y China, no son campos en los que, a excepción de contados especialistas, los occidentales se mueven con soltura. Esto obliga a quien acomete el trabajo cuidar mucho su

exposición, haciéndola muy clara y coherente. En otro caso se corre el riesgo de hacer casi ininteligible el fondo de la obra. Al propio tiempo, no hay que olvidar que el tema de estas relaciones no puede ser abordado en un tono histórico, salvo cuando se refiera el autor a antecedentes remotos o a los que consideran la Rusia pre-soviética. Interesa mucho una obra que analice con seguridad y profundidad, como sin duda el autor puede hacerlo, lo que hay en el fondo de las relaciones chino-soviéticas, y las especiales modalidades que el comunismo adquiere en China. De aquí que nos permitamos recomendar el que en su estudio futuro el autor considere con la debida extensión los supuestos económicos y sociales que determinan el acceso del comunismo a China, porque de este modo se podrá interpretar con la adecuada perspectiva el significado y el papel que China desempeña hoy dentro del mundo comunista en el que, desgraciadamente hay que incluirla. China es la China continental, y en esta China continental el comunismo ha hecho presa, pero también el comunismo opera con una realidad que no es precisamente fácil y que quizás va a tener una influencia muy poderosa en la evolución inmediata del comunismo mundial. Recuérdese la especial versión de la doctrina marxista-leninista dada por Mao en la última fase de la crisis soviética, después de la revolución húngara.

Como aspectos puramente formales del trabajo tenemos que anotar que la obra contiene numerosos errores de imprenta, y que la redacción castellana es muy deficiente, dificultando la lectura. La redacción se resiente, sin duda, de las dificultades idiomáticas que encuentra el autor, pero evidentemente esto puede ser subsanado. También sería de desear que algunos textos que se reproducen, como por ejemplo el tratado ruso-chino de 14 de febrero de 1950, vayan al final en forma de apéndice. Podrían ser añadidos, también otros textos de particular interés para ilustrar el contenido de la obra.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

RECENSIONES

STRAUSZ-HUPPE, ROBERT; COTTRELL, ALVIN J., y DOUGHERTY, JAMES E: *American-Asian Tensions*. (Publicado por Atlantic Press, 30 Bloomsbury st. London W.C. 1, número 3 de la Serie del Foreign Policy Research Institute. Universidad de Pennsylvania.)

Nos encontramos ante un tipo de libro muy americano, tanto en la forma como en el contenido, lleno de todos los aciertos y errores clásicos de la serie. Alinearemos la sinceridad para el reconocimiento del error propio entre los primeros, y la falta de un sistema científico de estudio entre los segundos. Se trata de un "condensado" más, producto de diversas plumas y unificado bajo un mínimo de dirección común.

La obra intenta aclararnos cuáles hayan sido las causas motivadoras de las tensiones políticas que han surgido entre los EE. UU. y ciertas naciones asiáticas durante los últimos años. Se exponen los problemas habidos con la India, Indonesia, Japón, Filipinas y Egipto.

Si algo tiene de resaltar este libro, es el profundo y aleccionador disgusto con que, suponemos, muchos habrán de acabar su lectura, porque cuando los errores se colocan uno al lado del otro, y aparecen todos juntos, no dejan ver sino su propia existencia, de modo que se venga a creer que nada se ha realizado correctamente. Esta fué, en todo caso, la primera impresión que nos produjo la obra; a saber: que la política de los EE. UU. en Asia ha sido, en buena parte, equivocada durante los últimos tiempos y que ha traído más complicaciones, al Occidente, que beneficios.

Pero si se deja a las ideas el tiempo suficiente para aclararse, de manera que formen algo más definido y compacto que una vaga sensación habida en el momento de la lectura, sin duda, se nos presentará un campo de posibilidades mucho más extenso. Y es precisamente este hecho el que impulsa a criticar y debería mover a leer el libro.

PARTES I y III. *El neutralismo*.—La obra tiene como telón de fondo al comunismo, y en escena, a dos actores. Uno de ellos es infantil, violento, con orgullo que brota después de haber sido aplastado. Este personaje representa a las antiguas colonias emancipadas. Sus ideas son simples; su vocabulario, limitado. Los espectadores se hastían de oírle siempre repetir

las mismas palabras e idénticos tópicos: libertad, independencia... Odia a Europa y Occidente. Nada para él es peligroso sino sus antiguos amos, pero éstos ya son viejos e incapacitados. Es receloso y estaría dispuesto a entregarse al comunismo antes que confiar en Occidente; inventa el "neutralismo".

El otro personaje, en quien se encarnan los EE. UU. es una mezcla extraña de idealismo convencido y de intereses económicos. ¿Acaso cree todavía en la firmeza de los pactos, en la seguridad de los acuerdos? El quiere unirse al joven y a los viejos para sujetar el telón, que se les viene encima. Pero el otro, como niño, no ve el peligro y no soporta a los viejos. Así, EE. UU. van de uno a otros, sin saber qué hacer, con medidas templadas y reciben, a veces, el enojo de ambos.

PARTE II. *Los intentos de Cooperación*. Esta parte tiene para nosotros un menor interés, ya que las tensiones internacionales de que trata no están revestidas de un carácter patológico-colonial, sino que toman el tono de disputas entre Grandes Potencias, como en el caso de Japón, aunque éste sea el vencido en una guerra total, o se resuelven con cierta comprensión, como ocurre con Filipinas.

CONCLUSIONES. Interesados definitivamente en el aspecto colonial de la cuestión, debemos hacer constar que en sus "conclusiones" no da el libro una razón a nuestro juicio suficiente de los problemas que se tratan. Fuera de un análisis frío de los hechos, debería haber declarado la imposibilidad de hacer participar a los países afro-asiáticos en nuestro odio al comunismo, al menos en la misma medida que nosotros, porque ni ellos lo han sentido en sus propias tierras, ni pueden participar de nuestras ideas políticas y religiosas de que hacemos la principal base de ataque contra las doctrinas marxistas.

Existe, además, un fenómeno muy curioso. ¿Por qué muchos en Occidente desprecian el nacionalismo de aquellos países

y su independencia, dando lugar a cierto aire de superioridad que exhiben en sus relaciones diplomáticas con los estados insuficientemente desarrollados? De esto parecen quejarse los indios (Parte I: *Temper of Neut: US. and India*).

La razón que da origen a este modo de actuar, aparte de viejos orgullos históricos y de raza, es bien simple. Las palabras "nacionalismo" e "independencia" tienen un tinte netamente europeo. Se emplearon, si no crearon, en cierto momento histórico para dar nombre a unas situaciones políticas que se desarrollaron espontáneamente, sin una lucha total y sin pactos firmados. La Nación fué una comunidad natural, surgida de la caída del feudalismo, para dar lugar al nacimiento de una nueva organización política: el Estado moderno. Pero el nacionalismo, aunque tuvo entonces, como sentimiento su razón de ser, no fué nunca un motivo de existencia eterno e inmutable, sino que sirvió a sus fines sólo en su momento. Hoy día, las nacionalidades creadas hace cinco siglos tienden a desaparecer, y con ellas la doctrina de las nacionalidades modernas. Por eso la palabra "nacionalismo" nos parece absurda a los occidentales, cuando se aplica a tales pueblos, porque está pasada de moda, porque, en definitiva, no es nacionalismo en el sentido que Europa le dió a esta palabra. El nacionalismo no es algo artificial que se exprese en odios y se determine en declaraciones de independencia, sino algo natural y sin fuerza coactiva. Fué un módulo de división, una razón de diferencia, que ningún tratado pudo salvar, y si hoy lo hacen, es porque ya no existe. De aquí la facilidad con que ciertos pueblos crean Federacio-

nes, y, en cambio, a Europa le es tan difícil hacerlo (1). Esto implica que no pueda llamarse nacionalismo a las emancipaciones de ciertos pueblos retrasados, a pesar de que ellos se denominen a sí mismos con el título de "pueblos independientes y nacionalistas".

Las consecuencias de lo expuesto son claras. Si los países a que nos hemos referido carecen de nacionalismo, no pueden intentar aprovecharse de los beneficios que se derivan de tal carácter, como es, por ejemplo, reclamar una determinada extensión de territorio como una zona nacional propia. Los Estados no nacionales, por su naturaleza cambiante e inestable, no tienen más derechos territoriales que los que derivan de los tratados que los crearon y definieron, a falta de una entidad o unidad política real.

Respecto de la independencia, todo el mundo sabe en Europa que ya nadie es independiente (otra vez en sentido europeo), porque se necesita de los otros para poder sobrevivir.

Por eso es inútil que los nuevos países intenten cortar toda relación con sus antiguos dominadores, pues si no ceden en lo menos y no saben conservar una política flexible, acabarán por caer definitivamente en una nueva zona de dominio o de influencia.

(1) Los antecedentes históricos de los nuevos países no son de una comunidad nacional, sino los de un estado de carácter medieval, lo que es muy distinto.

JESÚS RIOSALIDO.

